El gran maestro Javier Molina, en 1953.



EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE

JAVIER MOLINA, EL GRAN MAESTRO DE LA GUITARRA, CREADOR DE LA ESCUELA JEREZANA

JUAN DE LA PLATA
CÁTEDRA DE FLAMENCOLOGÍA

A Javier Molina, el guitarrista de Chacón y de tantos otros grandes cantaores de su tiempo, tuve el honor de conocerle sobre mediados del pasado siglo, cuando ya retirado de la vida artística se dedicaba a la enseñanza, en su modesta vivienda de la calle Prieta, número 9, de Jerez, a donde fui muchas veces a escucharle hablar y tocar la guitarra, y donde, siendo yo aún muy joven, le hice una entrevista que publiqué en el semanario «Dígame», de Madrid, donde entonces colaboraba periódicamente, con numerosos reportajes, antes de que llegara a escribir una página semanal, totalmente dedicada a la difusión y promoción de nuestro arte, bajo el epígrafe de «La Ruta del Flamenco» que algunos de mis lectores recordarán.

Con sus enseñanzas, Javier Molina se definiría como el auténtico creador de la escuela guitarrística jerezana, pues a partir de sus lecciones surgieron en Jerez una pléyade de guitarristas, salidos de su academia, tan importantes como Currito el de la Geroma, Perico el del Lunar, los hermanos Manuel y Juan Morao, Palmita, El Lápiz y otros; aprendiendo mucho, a su lado, en sus comienzos, el famoso Niño Ricardo. Y también enseñó a tocar a grandes maestros del cante, como Enrique el Mellizo, Dora la Cordobesa, Enrique Ortega y Fernando el Mezcle; aparte de dar lecciones a muchos aristócratas y a las hijas de los toreros Bombita III y Morenito de Algeciras. Y el gran maestro Ramón Montoya solía reconocer que al lado del jerezano fue donde se había formado como tal tocaor. Incluso, cuando le preguntaban quien era mejor si Molina o él, solía responder que Javier, a lo que éste – muy caballeroso – correspondía diciendo modestamente, que el mejor, sin duda alguna, era Montoya

Hay que añadir, haciendo un inciso, que Javier fue un gran aficionado a los toros y que siempre tuvo y supo conservar grandes amistades, entre los diestros de más renombre de su época. Aún recordamos el viejo álbum que conservaba en la gabeta de la cómoda de su casa, que nos enseñó alguna vez,

Reintégrese

B № 737899

CERTIFICACION DE PARTIDA DE BAUTISMO

Parroquia Santiago
Diócesis Sevilla
Provincia Cadiz
Libro 44
Folio 227 vto
Núm.

Notas marginales
no existen

ARCHIDIOCESIS
1 SEVILLA Pt

Don Francisco Carlos Corona Humanes,
Encargado del Archivo Parroquial de Santiago,
Diócesis de Sevilla,

CERTIFICA: Que según consta del acta reseñada al margen, correspondiente al Libro de Bautismos,
D. Francisco Javier Molina Cundí,
fué BAUTIZADO el día 10 de Mayo de 1868
Nació el día 4 de Mayo de 1868
en la calle Merced, n. 28,
siendo natural de Jerez, Diócesis de Sevilla,
Provincia de Cadiz

PADRES: hijo legítimo de D. Francisco Molina López
natural de Jerez
y de D.ª Antonia Cundí Sánchez,
natural de Jerez

ABUELOS PATERNOS: D. Francisco,
natural de Jerez,
y D.ª Isabel,
natural de Jerez

ABUELOS MATERNOS: D. José,
natural de Jerez,
y D.ª Ana,
natural de Jerez

PADRINOS: D. Francisco Olivares y Ana Molina.

MINISTRO: Dr. D. José de Fuentes, Cura propio

Jerez Fra., a 20 de Agosto de 1959

(Sello) (Firma del Encargado del Archivo)

P.O.

(Para otras Diócesis)
Obispado de
V.º B.º
El Vicario General,

Modelo de exclusiva venta en la Mutual del Clero, para la expedición de partidas en los Archivos Parroquiales.
PRECIO DE ESTE IMPRESO, TRES PESETAS

Reproducción de su Partida de Bautismo

en el que guardaba una gran colección de fotografías – algunas dedicadas - de célebres matadores de toros como Lagartijo, El Guerra, Mazzantini, Bombita y otros muchos; así como también una numerosa colección de partituras de música, para guitarra de concierto, y otras de falsetas compuestas por él.

A Javier lo definiría Fernando el de Triana, en su famosa obra «Arte y Artistas Flamencos» (Madrid, 1935), como *«el brujo de la guitarra»*, en el pie de la artística fotografía que aparece en dicho libro; diciendo en un breve apunte biográfico que *«es extraordinario este verdadero dominador del difícil instrumento de la guitarra»*, y añadiendo, a renglón seguido, que *«Javier Molina es el guitarrista que más cuidado tiene en conservar los acompañamientos de los más difíciles cantes antiguos, pero sin dudar un átomo en el momento que el cantaor los inicie»*.

Y esos toques de acompañamiento a los toques antiguos, fueron los que Javier transmitió perfectamente a todos sus discípulos, creando así la escuela guitarrística jerezana, que no es otra que la escuela de Javier, conservada y transmitida, a su vez, posteriormente, por su gran alumno el maestro, Rafael del Aguila, gracias al cual ha llegado hasta nuestros días, a través de más jóvenes guitarristas jerezanos, como Parrilla de Jerez, Fernando Moreno, Gerardo Núñez y Alberto Sanmiguel, entre otros.

En mi libro «Flamencos de Jerez», publicado en 1961, ampliaba yo la biografía de Javier Molina, diciendo que se había llegado a decir que a Javier Molina lo inició Paco el Barbero, el que fuera el más aventajado discípulo del maestro Patiño, pero lo cierto es que, según me llegó a confirmar, nunca tuvo maestro fijo y, el que más, solo llegaría a darle unas pocas lecciones.

A estas notas biográficas de mi citado libro, corresponden estos apuntes sobre la vida del guitarrista jerezano:

«Con siete años, sabía tocar la guitarra admirablemente. Y, a los ocho, ganaba dos pesetas cada tarde, actuando en un teatrito infantil de la jerezana Alameda Vieja. Con doce años ya podía mantener a su madre, con lo que le pagaban por su arte.

Tenía diecisiete cuando se lanzó a recorrer España con su guitarra. Para ello formó un trío con su hermano Antonio, que era muy buen bailaor, y con el cantaor Antonio Chacón, que entonces era un chaval como Javier.

Tres artistas de Jerez, en busca de la fama, por los caminos de España. Pasado algún tiempo, Chacón se separaría del trío, para volver a coincidir muchas veces con su amigo Molina, en un café de cante de Sevilla, Madrid o Málaga. O en cualquier otro de su tierra natal.

Antonio, el hermano del guitarrista, murió siendo muy joven, sin haber llegado a alcanzar la fama.

Tras sus andanzas juveniles, Javier marchó a Sevilla, de donde ya no habría de salir, en veinte años. Durante todo ese tiempo actuó constantemente en los mejores tablaos de los cafés cantantes sevillanos, especialmente en el del Café del Burrero y en el del Café de Silverio.

Era entonces la época de oro del arte flamenco. Javier Molina tiene ocasión, por lo tanto, de acompañar con su guitarra el cante de las máximas lumbre-





Javier Molina en el patio de su casa en calle Prieta nº 9. Año 1953



Javier Molina con Vicente Escudero. En Sevilla, años 30 ó 40.

ras: Carito, los Marrurros, Paco la Luz, Juan Breva, El Canario, El Mezcle, Manuel Torre, el Chato de Jerez, Fosforito... Y, tocaor imprescindible de las mejores figuras, lleva el compás al baile grandioso de La Macarrona, La Malena, La Sordita, La Gamba, Josefita la Pitraca, La Honrá, Rosarito la de Roble, Ramirito, Estampío, Lamparilla, Antonio el de Bilbao y tantas y tantas otras celebridades.

¡Veinte años tocando en las dos mejores universidades del arte flamenco: El Burrero y el Café de Silverio! Veinte años compitiendo, día a día, con los mejores tocaores de finales del ochocientos y principios del siglo XX...»

«Pocas veces actuó en teatros o plazas de toros. Con la Niña de los Peines, Estampío el Cojo de Málaga y otros artistas, llegó a realizar una gira por escenarios teatrales, en 1926. La última la llevó a cabo en 1940, por varios pueblos andaluces, con un grupo en el que formaba parte la bailaora Lolita Flores, principiante y casi desconocida».

Después de estas salidas Javier se retiró definitivamente de la vida artística, aún cuando siguió dando lecciones para poder sobrevivir, pues lo mucho que ganó lo fue malgastando, hasta quedarse sin una peseta.

En 1954, encontrándose Javier gravemente enfermo, tuvimos el honor de organizarle un brillante homenaje, con la colaboración de todos los artistas flamencos de Jerez; gracias al cual se recaudó algún dinero con el que, momentáneamente, se alivió considerablemente su dolencia.

Javier Molina (El Brujo de la Guitarra) falleció en la calle Prieta, número 9, el día 26 de junio de 1956. Había nacido en la calle de la Merced, núm. 24, del barrio de Santiago, el 4 de mayo de 1868". Contaba, pues, ochenta y ocho años de edad.

En su casa natal, y a instancias de la Cátedra de Flamencología, el Ayuntamiento de su ciudad colocaría una placa conmemorativa, que aún existe, como homenaje perpetuo al que fuera insigne maestro de la guitarra flamenca. Su toque colosal y portentoso, creador de escuela, lleno de sutiles gamas flamencas, quedó grabado para la posteridad en el Instituto de Musicología de Barcelona, amén de conservarse en algunos, muy pocos discos, que llegó a grabar con su amigo Chacón y otros destacados maestros del cante de su tiempo.

La citada placa conmemorativa, existente en su casa natal, tiene el siguiente texto: «*En esta casa nació el 4 de mayo de 1868 el célebre tocaor Javier Molina Cundí (El Brujo de la Guitarra). Durante ochenta años acompañó con su toque magistral el cante y el baile de las grandiosas figuras del género, siendo considerado como el más completo guitarrista de todos los tiempos. Por iniciativa de la Sección de Flamencología del Centro Cultural Jerezano, el Excmo. Ayuntamiento honró su memoria colocando esta placa, el 12 de noviembre de 1959*».

La Sección de Flamencología que figura en la placa no es otra que la que, poco después, al iniciar una vida independiente, se convertiría en la actual Cátedra de Flamencología.

Hasta Javier Molina y el Niño de Lucena, la guitarra flamenca se había venido tocando con un solo dedo, pero estos dos grandes tocaores fueron los

primeros que usaron todos los demás. Siendo Javier, gran conocedor de todos los viejos toques flamencos, el que con más falsetas propias contribuyó a la creación de la escuela moderna. Por cierto que existe una faceta poco conocida de Javier, que no fue otra que la época en la que se dedicó a dar conciertos, allá por los años veinte o treinta del pasado siglo, para lo que formó un dúo con su paisano el también guitarrista Crévola, anunciándose como «Los Crevolinas». Aunque también actuó solo como concertista. Y en su etapa de enseñante, fue profesor de una sociedad de ciegos de Jerez, con varios aventajados discípulos.

Siendo yo muy joven, varios años antes de escribir mi libro sobre los «Flamencos de Jerez», frecuentaba la casa de Javier, en la calle Prieta núm. 9, donde vivía mi amigo el gran pintor y excelente aficionado al cante, Juan Manuel Gutiérrez Montiel, y un día del año 1954, cuando yo escribía para el semanario «Dígame», decidí hacerle una entrevista al maestro, para que éste me contara su vida. Dicha entrevista, considerada hoy realmente histórica, que tengo colgada en mi página de Internet, resultó realmente interesante, por lo que, al contener datos de primera mano, he considerado oportuno reproducirla en este trabajo.

La charla, no recuerdo ahora por qué circunstancia, aunque posiblemente la debí dar antes en otros periódicos en los que yo colaboraba - creo recordar que en el diario «Ayer», de Jerez, y en «El Taurino», de Alicante -, no se llegó a publicar en el rotativo madrileño «Dígame», hasta el martes 23 de agosto de 1955, ilustrada con dos fotografías de mi paisano Eduardo Pereiras, en una de las cuales aparece el maestro solo y, en la otra, siendo entrevistado por mi. Literalmente decía así:

«JAVIER MOLINA, EL GUITARRISTA DE DON ANTONIO CHACÓN, SIGUE TOCANDO A LOS OCHENTA Y CINCO AÑOS.

AFIRMA QUE EL CANTE ANTIGUO ERA MEJOR QUE EL MODERNO Y QUE EL FLAMENCO ACTUAL ESTÁ 'REMENDADO'

SE PUSO ENFERMO CUANDO LE COMUNICARON LA MUERTE DE RAMÓN MONTOYA

Por Juan de la Plata

«De todos los artistas de la guitarra en España, quizás sea Javier Molina el decano de los tocaores flamencos en activo, pues pese a sus ochenta y cinco años, todavía da lecciones y toca una vez que otra para cuatro señores que acostumbran a ir a su casa a escuchar el toque de embrujo del maestro.

Javier Molina representa en el arte guitarresco andaluz tres cuartos de siglo de plena dedicación al más flamenco de los instrumentos. Tres cuartos de siglo de rasgueo constante por los escenarios, cafés cantantes, ventas, patios de cortijo y de casas grandes de España. Porque Javier que toca flamenco desde los siete años y que en toda su vida no ha hecho otra cosa que pulsar las cuerdas para acompañar un cante flamenco, no solo ha actuado en escenarios, sino que se ha asomado a todos aquellos lugares donde su gran figura de



maestro indiscutible se ha hecho necesaria para ser escuchado con admiración, en cuantas fiestas de tronío hayan sido organizadas.

El fue quien más veces acompañó con su arte al gran don Antonio Chacón, el hombre genial que con su cante supo conquistar un «don» que, en los de su clase y oficio, supone algo más que un simple título honorífico y de dignidad, que se otorga a cualquier persona decente. Hizo sonar la guitarra por seguiriyas para que cantara Manuel Torre (el Niño de Jerez), y sus cualidades excepcionales de artista y creador cien por cien, lucieron junto a los cantaores y bailaores más célebres de los últimos tiempos.

PRINCIPIOS ARTISTICOS DE JAVIER

Javier Molina nació en Jerez de la Frontera, en una calle del típico barrio de Santiago, que lleva el nombre de la Patrona de la ciudad, Nuestra Señora de la Merced; en Jerez se crió y allí vive todavía, en una casa del barrio de San Pedro, adonde hemos ido a verle, para que nos cuente algunas impresiones sobre su vida y su arte.

El piso de Javier es chiquito, de dos o tres habitaciones, en las que se pueden ver por las paredes cuadros de la Virgen, guitarras, fotos de cuando era el tocaor de moda, de cuando era niño, un cuadro de Lagartijo el Grande y un retrato del Señor del Gran Poder. Toda la casa está saturada de ese sabor antiguo que despiden los hogares de los artistas ancianos, ya casi retirados de la vida pública.

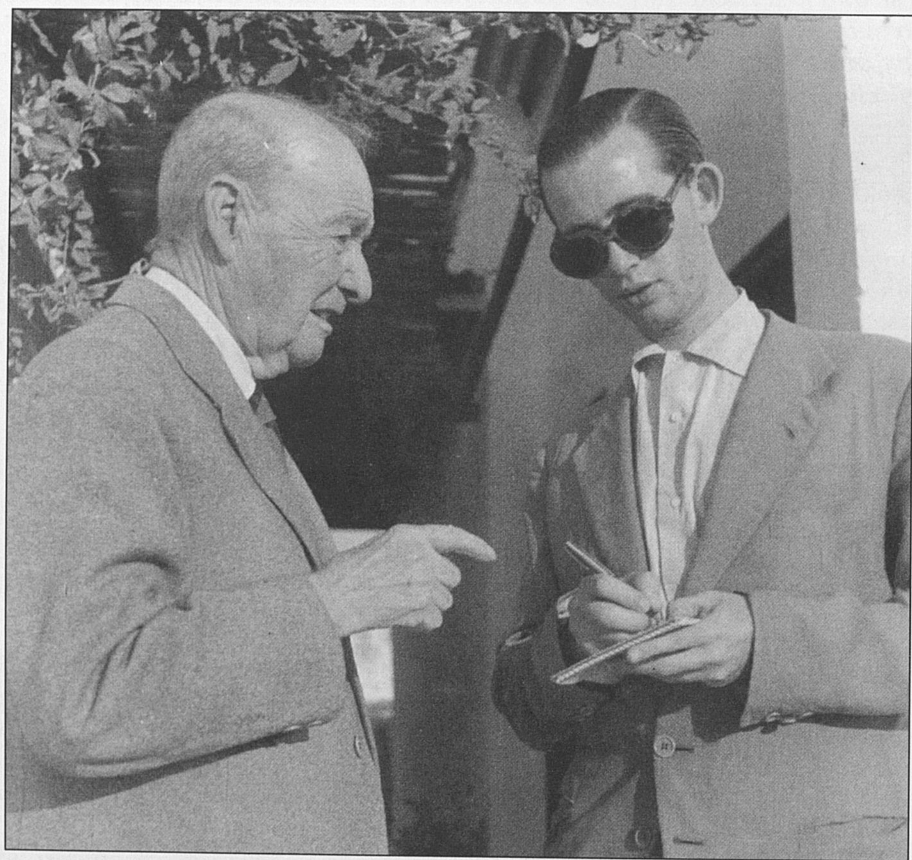
Javier nos ha recibido bien, nos ha hecho sentarnos y ha sacado su vieja y bien cuidada guitarra y se ha puesto a tocar. Seguiriyas, soleares, alegrías, tientos, farruca... Todos los toques, grandes y chicos, han cobrado vida por el don y el arte de sus manos ágiles, suaves, de artista maravilloso. Luego, sin dejar a su compañera la guitarra, nos ha hablado de sus principios artísticos. De cuando con ocho años ya tocaba en público, en la Alameda Vieja, entre función y función de un viejo teatrillo de guiñol, del cual era propietario un ciego que tocaba el violín. Allí ganó Javier su primer sueldo: ¡dos pesetas diarias!

El viejo guitarrista nunca tuvo maestros que le enseñaran. Solo recibió unas cuantas lecciones de un viejo aficionado, amigo de su hermano, que fue un renombrado bailaor y que más tarde formó trío con Javier y Chacón. Entonces eran desconocidos los tres, y fue cuando empezaron a darse a conocer al público, actuando en los cafés cantantes, formando parte de lo que entonces se denominaban «conciertos artísticos».

LA ANÉCDOTA DEL DURO

De aquellas actuaciones es esta anécdota que Javier nos cuenta, mientras acaricia las cuerdas de su instrumento.

- Actuábamos en un colmado de Facinas, un pueblecito del Campo de Gibraltar, cuando a la hora de pasar la bandeja llegó un señor muy borracho y nos



Javier Molina entrevistado por Juan de la Plata para «Dígame» y otros periódicos. Verano de 1953.

echó un duro. Figúrese la alegría que nos entró a nosotros. Entonces nadie daba tanto dinero, y aquello suponía para los tres una fortuna. Como se trataba de un 'acontecimiento', en seguida le hicimos a tan espléndido espectador una gran fiesta, que duró cerca de una hora. ¡Cual sería nuestra sorpresa cuando al día siguiente vimos entrar en la posada donde estábamos al borracho de la noche anterior reclamándonos el duro! Alegaba que por estar 'algo bebido' no se había fijado muy bien en lo que daba. Como es natural, el duro no se lo devolvimos, y el hombre, después de armar 'su jaleito', se marchó por donde había venido».

Como hemos empezado por las anécdotas, Javier nos cuenta también lo que le sucedió a cierto cantaor de medianas facultades al que le estaba tocando en un escenario.

El pobre muchacho llevaba varios días sin dormir a cuenta de los viajes y se quedó dormido en las tablas, con tan mala fortuna que cayó al patio de butacas, donde, chorreando sangre, siguió cantando.

HE TOCADO A LOS MEJORES Y A LOS PEORES

El maestro nos dice:

- *Les he tocado a los mejores y a los peores cantaores.*
- *¿Quién era el mejor, maestro?*
- *Cantaores buenos ha habido muchos.*
- *Pero el mejor...*
- *Don Antonio Chacón. El era el más completo de cuantos he conocido.*
- *¿Le tocó muchas veces?*
- *Casi siempre que cantaba. Además fue un gran amigo y todo un caballero.*
- *¿A qué otros cantaores famosos ha acompañado con la guitarra?*
- *A Tomás el Nitri, a Manuel Torre el Niño de Jerez, al Caoba, al señor Manuel Molina, a Paco la Luz, al Loco Mateo, al Chato de Jerez, a los hermanos Marrurro, a La Serna – Joaquín Lacherna – a Cabeza, a Frijones y a otros muchos, cuyos nombres harían una lista interminable. Entre ellos a Juan Breva, al Canario, a Fosforito y al Mezcle, que valía un cortijo cantando y era muy gracioso.*
- *¿Quién fue mejor, Chacón o Manuel Torre?*
- *Ya he dicho que don Antonio era el más completo. Sin embargo, Manuel Torre, por seguiriyas, me gustaba más. Ahora bien, Chacón era un genio por malagueñas. ¡Y aquellos caracoles suyos!...*
- *¿Qué cante es ese?*
- *Un estilo de alegrías que don Antonio Chacón creó y cantó como los ángeles.*
- *¿Con qué artistas de los de ahora ha actuado?*
- *Con la Niña de los Peines, con la que estuve dos temporadas recorriendo España, en unión del Estampío y del Cojo de Málaga; con Lola Flores, en sus primeras salidas en público, cuando tenía dieciséis años y yo le daba lecciones de baile, y con Manolo Caracol, al que acompañé en su debut en Madrid,*

siendo él un niño todavía, en el teatro del Centro, de la calle de Atocha, en unión de «Ramírez», un bailaor jerezano muy famoso.

- *¿Conoció usted a Ramón Montoya?*
- *Nos unía una buena amistad y actuamos muchas veces juntos. Cada vez que le preguntaban quien era mejor de nosotros dos, contestaba que yo. Desde luego mentía, porque él ha sido el mejor tocaor de todos los tiempos. Cuando me enteré de su muerte, me impresioné tanto, que hubieron de meterme en la cama enfermo.*
- *¿Qué toque es el más fácil y cual el más dificil del flamenco?*
- *El más fácil, las sevillanas; las bulerías es lo más difícil que se toca a la guitarra.*
- *Por favor, opine de los cantaores actuales.*
- *Los hay buenos y malos, como en todos los tiempos.*
- *¿El que más le gusta?*
- *Manolo Vallejo. Es el que más sabe y el que mejor canta de los artistas de hoy.*

«EL FLAMENCO ESTÁ REMENDADO»

- *¿Qué me dice del cante que ahora se hace?*
- *Que es un flamenco 'remendado'. Antes y siempre se ha cantado mucho mejor que ahora.*
- *¿Quién es el mejor guitarrista moderno?*
- *Sin duda alguna, el Niño de Ricardo.*
- *¿Ha enseñado usted a mucha gente?*
- *A bastante. Desde que me retiré, hace seis o siete años, no hago otra cosa que dar clases de guitarra. Antes ya enseñé a una hija de Bombita III y a otra de Morenito de Algeciras; después de dejar los escenarios he enseñado a varios que hoy son profesionales; entre ellos al Lápiz, Palmita y los hermanos Moraito*

UNOS VERSOS DE JULIÁN PEMARTÍN

Decae la charla con el viejo guitarrista. Hemos subido a la terraza para que Pereiras tire unas placas. Allí, Javier se lamenta de que hayan desaparecido para siempre los antiguos cafés cantantes. Según él, éstos eran como las universidades del cante. Propone que se cree un centro donde se eduque la voz de los que empiezan y se les enseñe el cante bueno, para que el flamenco puro no desaparezca.

Se nos confiesa furibundo 'lagartijista' del toreo; nos habla de sus discos impresionados y nos recuerda el homenaje que se le hizo a don Antonio Chacón en Jerez, su tierra natal, en 1933, y en el que Javier tomó parte. En aquél acto intervinieron Pemán, Julián Pemartín y todos los artistas flamencos de Jerez de aquella época.

También hablamos de otra fiesta celebrada tres años antes, con motivo del



segundo centenario de la bodega Domecq, en la conocida viña 'El Majuelo', y en la que Julián Pemartín improvisó unos versos que empezaban así:

¿Qué tendrás, noche divina,
Que en mi recuerdo te borre?
Tocaba Javier Molina
Y cantaba Manuel Torre...

UNA ANÉCDOTA NO RECOGIDA EN LA ANTERIOR ENTREVISTA

Según me contó Javier, cuya casa y amistad seguí frecuentando, hasta su muerte un año después, siendo aún joven sufrió un accidente de bicicleta, en la Cuesta de los Albarizones, en la carretera que conduce al convento de la Cartuja jerezana, cayendo y dándose un buen porrazo, a consecuencia del cual se dañó gravemente el brazo izquierdo, estando a punto de que ahí acabara su carrera artística. El lo dejó narrado así, en su libro de memorias:

«Ocurrió que una mañana, varios amigos me fueron a buscar a mi casa para que fuera con ellos a La Cartuja, a pasar un día de juerga. Yo vivía entonces en la calle Santa Clara, número 12. Me levantaron de la cama y me fui con ellos. En este tiempo empecé a montar en bicicleta, y ya casi sabía.

Venía en la reunión uno que se llamaba Perico Sarmiento, que era un corredor de bicicleta de los punteros en Jerez. El venía en su máquina detrás del coche, y de cuando en cuando me la prestaba. Así llegamos al Puente de Cartuja. El coche se despidió hasta la tarde, que volvió a recogernos.

Después de merendar muy bien y de disfrutar del día tan bueno que hizo, se volvieron a montar mis amigos en el coche, y yo le dije a Sarmiento: 'Déjame un rato la bicicleta'. Me la dio y al llegar a la cuesta de los Albarizones, me caí, con tan mala suerte, que me fracturé el cubito y el radio del brazo izquierdo. El coche(*) venía detrás de mí, y cuando caí, se echaron a reír mis amigos, creyendo que no era nada. Pero cuando vieron que no me levantaba del suelo, y que me quejaba mucho, me volvieron atrás, y en una Venta que había enfrente del Cuartel (**), en el que estaba el médico don Manuel Alvarez Algeciras, éste me hizo la primera cura.

Ya en mi casa me siguió curando. Tuve el brazo enyesado más de cuarenta días, y no he quedado bueno, pues me duele cuando barrunta algún cambio de tiempo. De forma que eso fue lo que gané en esa dichosa juerga; perdí la temporada del Café (***), y estoy inútil del brazo izquierdo, y gracias que

---

(*) En aquella época era frecuente que se organizaran numerosas juergas en la antiquísima Venta de Cartuja, y los coches que se empleaban para desplazarse a la misma eran los de caballos, pues aún no existían los taxis que vendrían mucho más tarde.

(**) El Cuartel al que el tocaor se refiere no era otro que el del 2º Depósito de Sementales, donde se criaban los célebres caballos cartujanos. Y el médico que lo asistió era hermano del conocido pintor del mismo nombre.

(***) El Café al que se refiere era el llamado «de Rogelio», junto a la escalerilla de Villamarta - donde hoy existe el Café del Teatro -, en el que Javier actuaba en aquellas fechas.

puedo tocar, pero ahora con más trabajo que antes. Estuve sin poder hacerlo cuatro o cinco meses.

Me puse otra vez a dar lecciones, hasta que estuve en condiciones de tocar en público».

En estos años finales de su vida, Javier vivía con una hija adoptiva –«*entenada*» era la palabra que él empleaba, para decir que era hijastra – llamada Concepción y que debía ser bastante mayor cuando yo la conocí, por entonces, pues debería de haber cumplido ya, al menos, los sesenta años de edad. Esta hija llevaba los apellidos de la que había sido su esposa, que se llamó doña María Diosdado Rodríguez, una jerezana de la que el artista era viudo y que puede que aportara al matrimonio esta hija única.

Cuando murió Javier, después de que yo le organizara un gran festival benéfico del que hablaré seguidamente, continué visitando a Concepción, hasta que ésta falleció, años después, pasándole una ayuda económica mensual de los fondos de la Cátedra de Flamencología, que yo personalmente le entregaba cada mes, en su propia casa, a principios de los años sesenta.

OTROS DATOS INÉDITOS DE LA ENTREVISTA

Según me contó Javier Molina, en la entrevista que le hice en 1955 y que no publiqué en el «Dígame», por no hacerla más extensa, sus profesores serían el maestro Patiño, de Cádiz, y Paco el Barbero, discípulo de aquél; entre otros que le enseñaron, pero tan solo unas cuantas lecciones; pues, como él bien dice, nunca tuvo maestro fijo.

Hablando del cante y del toque por seguiriyas, me dijo que era el que más le gustaba y que «*la guitarra por seguiriyas, parece que llora*». Apostillando su hija, presente en la entrevista: «*Si lo oyera usted tocar a fondo, ¡ yo lloro!*

Entre sus composiciones me refirió que había escrito falsetas de farruca, seguiriyas y otros muchos toques. También piezas de concierto para guitarra clásica, que interpretó en muchos recitales que dio, como solista, o con el acompañamiento de su discípulo Crévola, cuando formaron el dúo «Los Crevolinas».

Para Javier «*los cafés cantantes eran como las universidades del cante. Nunca debieron desaparecer*» y, a renglón seguido, anoté que me dijo: «*Se debe crear un centro para que no se pierda el flamenco puro*». Añadiendo: «*La mejor tierra de España para cantar gitano bueno es Jerez. Luego, Cádiz y Sevilla*». Y recuerdo que pedía que se le hiciera «*un monumento a Chacón*».

Cuatro años después, fundábamos la Cátedra de Flamencología, dando así vida al centro para que no se perdiera el flamenco, por el que Javier suspiraba. El monumento a Chacón vendría mucho más tarde, pero se le levantaría un busto en la calle San Agustín, antes de que finalizara el siglo XX.

En los apuntes que tomé de dicha entrevista, y que aún conservo después de más de medio siglo, escribí que Javier tomó parte, en 1933, en el homenaje que se le hizo a la memoria de Chacón, organizado por el Ateneo Jerezano, en el Teatro Eslava, junto a numerosos artistas locales, y en el cual recitaron sendos poemas, José María Pemán y Julián Pemartín. También anoté lo que

me dijo de su paisana Juana la Macarrona: «*Yo le guardaba el dinero que ganaba a La Macarrona, que era para mi como una hermana. ¡Y bailando era la mejor de España!*»

EL HOMENAJE QUE YO LE ORGANICÉ EN EL AÑO 1954

Era tal mi amistad con Javier Molina, con el que solía tomar café en el cercano «Bar Bolilla» de la calle Arcos – donde estaba expuesta su primera guitarra, hoy propiedad de la Cátedra de Flamencología - que, ya retirado, y un año antes de la entrevista que publiqué en el semanario madrileño «Dígame», viendo la penuria económica que atravesaba, a pesar de las lecciones, que cada día le dejaban menos, pues apenas tenía alumnos, decidí por mi cuenta organizarle un festival-homenaje benéfico, con objeto de poder recaudarle algunas pesetas que aliviaran su maltrecha situación, ya que en aquellos tiempos, los artistas no tenían derecho a pensión alguna. Por lo que si se le acababan las clases, también se le acababan los ingresos.

Para llamar la atención sobre el lamentable estado de Javier, publiqué en el diario «Ayer» de Jerez, la siguiente carta abierta, en la que entre otras cosas decía lo siguiente:

«*Javier Molina es cierto que se está muriendo. Son muchos sus años – rondando los noventa- y muchos también sus achaques. Es una pena que el decano de la guitarra andaluza, tenga que morirse en la miseria, después de haber paseado por España entera el pabellón artístico de Jerez, durante cerca de setenta y cinco años. Porque Javier no ha conocido en su vida otra profesión que la de guitarrista flamenco y a ella ha dedicado todos sus desvelos e ilusiones. El que un día se lanzara por esos pueblos del solar patrio, siendo todavía un chaval, con Chacón y su hermano el bailaor, en busca de fama y de dinero se encuentra hoy enfermo y es preciso, urgente, que se le preste ayuda económica, para remediar en lo posible sus males.*

Javier ha sido llamado con justicia 'el brujo de la sonanta', porque nadie, ni antes ni ahora ha tocado mejor que él el instrumento que es musa y alegría, llanto y pena del flamenco. Yo sé que si se hace un llamamiento a los artistas de Jerez, para que acudan a remediar su situación acudirán todos deseosos de ser el primero en figurar en la lista.

Yo propongo se celebre un festival en beneficio y homenaje del genial artista de la guitarra andaluza y que en él intervengan todos cuantos han sido compañeros de este jerezano que ahora necesita nuestra ayuda. Y casi me atrevo a citar unos nombres, que están en la vanguardia del Arte Flamenco en Jerez: Sebastián y Chano Núñez, Tomás Torre, Serna, Canalejas, Eduardo 'El Carbonero', 'Blanca la Gitana', 'Terremoto', etc...Yo se que todos estos nobles artistas de esta ciudad que es madre del cante jondo, acudirán a la convocatoria que hoy les hago, para que se organice con urgencia el beneficio que sugiero, y que yo mismo me complaceré en organizar, contando con que me sea cedido cuanto antes el local adecuado, si puede ser uno que esté enclavado en el mismo barrio de la Albarizuela, donde vive el maestro.

FESTIVAL DE CANTE Y BAILE

EN

Homenaje - Beneficio

A

JAVIER MOLINA

DECANO DE LOS GUITARRISTAS ESPAÑOLES



ESCUELA DEL BUEN PASTOR 31 de Octubre 1954

EL HOMENAJE SERA OFRECIDO POR EL ESCRITOR JEREZANO

JUAN DE LA PLATA

DIRECTOR ARTISTICO:

SEBASTIAN NUÑEZ

PROFESOR DE GUITARRA



Yo he sido siempre de la opinión que hay que honrar, en la vida o en la muerte, a aquellos que nos han honrado. Javier ha honrado con su nombre el arte andaluz y el nombre de Jerez ha brillado siempre junto al suyo, al conjuro misterioso de su arte inigualable. Cuando tocaba Javier, era Jerez el que cantaba al compás del embrujo de su sonanta.

Por eso yo estoy en la seguridad de que los artistas de Jerez prestarán su colaboración desinteresada y cariñosa a este beneficio-homenaje que espero se organice pronto, para hacer llegar hasta la cama de Javier el consuelo de amigos, compañeros y admiradores a que estamos obligados. Inútil es repetir, una vez más, la conocida frase de que 'se honra así misma la ciudad que honra a sus artistas'.»

Esta carta llevaba fecha de 1º de octubre de 1954 y debió ser publicada en el diario «Ayer», de Jerez, uno o dos días después

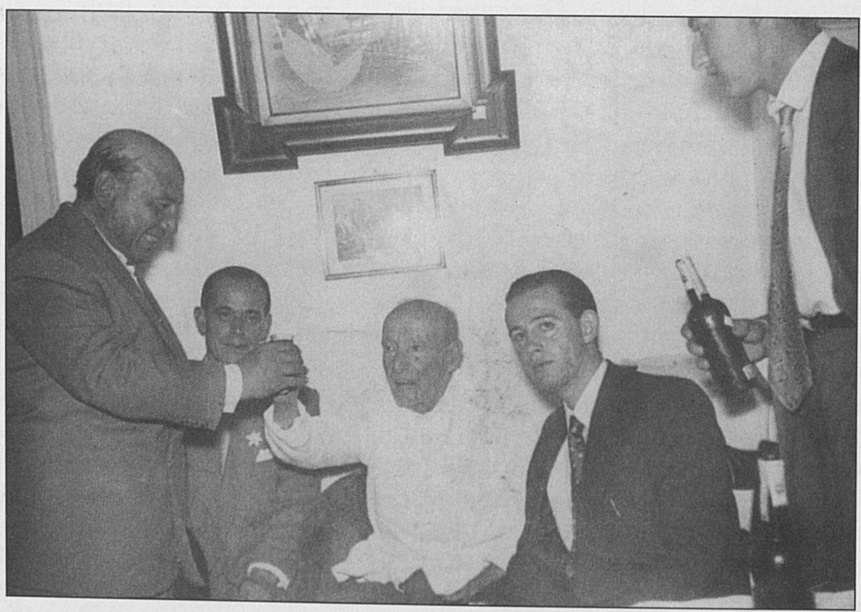
Así es que, en 1954 – contaba yo entonces 22 años de edad - hablando con unos y otros, pude reunir un numeroso grupo de artistas flamencos jerezanos, incluso un acordeonista, con los que configuré un buen elenco que presenté personalmente en el salón-teatro del Colegio La Salle-Buen Pastor, ya que no pude conseguir de ninguna de las maneras, para el citado festival-homenaje, el suntuoso Teatro Villamarta jerezano, que la empresa propietaria no me quiso ceder, de ninguna de las maneras, si no era alquilándolo por una cantidad bastante elevada, a la que yo no me podía arriesgar, dado que los fines del festival eran benéficos y, si alquilaba el teatro, poco o nada le quedaría al maestro.

El festival se celebró la noche del 31 de octubre de 1954 y llegó a obtener un grandioso éxito, cubriéndose todo el no muy extenso aforo y quedándose mucho público en la calle, entre el cual hubo un marqués jerezano, el marqués de los Alamos del Guadalete, gran aficionado y discípulo del maestro, según dijo, llegado desde Madrid expresamente, que ofreció pagar hasta tres mil pesetas por entrar, aunque tuviera que quedarse en pie toda la noche, entre bastidores, al no haber ni una sola localidad vacía. Y así lo hizo, durante todo el largo festival, en el que actuaron los guitarristas Sebastián Núñez, su hijo Chano Núñez, Moraito Chico – padre del tocaor actual del mismo apodo y hermano de Manuel Morao - Fernando de la Rosa, Juan R. Valderas, Manolo Ferrer y José Luis Balao; los cantaores Juan Acosta, «Canalejas de Jerez», Eduardo Lozano «El Carbonero», Pepe Ortega, Alonso Méndez «El Pili» Julio Moreno y el «Niño de la Fortaleza».

Como bailaores, actuaron Carmeluchi Bernal, «Terremoto» – el que luego sería famoso cantaor del mismo nombre -, «Fernando de Jerez» más conocido por «El Bulla» o Fernando Bulla, Antonio Alarcón, Angelita Gómez, «Niña del Moraito» y «El Chiripa»; además del acordeonista Joaquín Naranjo; con la colaboración especial, como recitador del novillero y poeta jerezano, José González «Pepillo», que recitó una poesía original, dedicada a Javier Molina . El gran guitarrista Sebastián Núñez se ocupó de la dirección artística del festival y yo hice el ofrecimiento y la presentación de todos y cada uno de los artistas que actuaron.



Javier recibiendo el beneficio de su homenaje organizado por Juan de la Plata en 1954, de manos de su compañero el guitarrista Sebastián Núñez, en presencia del cantaor, Eduardo el Carbonero.



Javier con el cantaor Juan Acosta, el tocaor Sebastián Núñez, el escritor Juan de la Plata y (de pie, a la derecha) el pintor Juan Gutiérrez Montiel. Año 1954.

En el programa de manos figuraban los siguientes versos del inmortal poeta andaluz, Manuel Machado:

DICE LA GUITARRA

Hablo, sollozo, deliro...
Sé de la risa y el llanto,
Con las bocas rojas, canto.
Con los ojos negros, miro.
Con los amantes suspiro
y río con los guasones.
Son mis notas goterones
de agua fresca en el rosal...
Y tengo toda la sal
de España en mis lagrimones.

Aunque estaban en el programa, por distintas causas no pudieron actuar los cantaores Manolo Valencia «Brillante Negro» – llamado después «Diamante Negro» -, Manolo Sevilla, Eduardo Méndez y Manuel Lara; así como los bailadores «Gran Roque», Fernanda Jiménez y el bailaor y recitador Miguel de Santiago.

Al día siguiente del festival, Sebastián Núñez, con su hijo; Eduardo el Carbonero, Juan Acosta, Manolo Sevilla, yo y dos o tres amigos, nos trasladamos a casa de Javier, para hacerle entrega de la recaudación íntegra del festival, obsequiándonos el maestro con unas copas y tapas y tocando la guitarra, lo mismo que hizo Sebastián Núñez, para que cantaran Carbonero, Acosta y Sevilla, mientras éste, que era fotógrafo, hizo algunas fotografías que me quedaron como recuerdo de aquél día tan agradable. Después de salir de casa de Javier nos iríamos todo el grupo al bar «El Telescopio» de la cercana calle Avila, num.18, propiedad del gran aficionado Fernando Macías Gaona, donde continuamos la fiesta hasta bien entrada la tarde.

OTRO HOMENAJE A JAVIER

Para ser objetivos, hemos de indicar que, recogiendo la idea del homenaje que lancé en la prensa local, días antes, la sociedad de seguros mutuos «Previsión Andaluza», que capitaneaba el gran aficionado don Francisco Ramírez de Aguilera y Ortega, celebró en el salón de actos de su sede social, en la plaza Rafael Rivero, núm. 2, concretamente el día 11 del mismo mes y año, una «Fiesta Andaluza» en homenaje al «concertista de guitarra Javier Molina», en la que actuaron desinteresadamente los guitarristas Sebastián Núñez García, su hijo Chano Núñez Fernández y Fernando de la Rosa; las bailaoras C. Bernal «Blanca la Gitana», Angelita Gómez y Rosarito Pliego; los cantaores Eduardo Lozano (Carbonero), Juan Acosta y Pepe Ortega; más los bailaores Juan Márquez (Chiripa), Fernando de Jerez y Cristóbal Angel.

La tarjeta de asistencia a la fiesta costaba quince pesetas y todas iban numeradas, para el sorteo de «*un magnifico aparato de radio (...) con objeto de ayudar económicamente al homenajeado en su grave enfermedad*».

Este otro homenaje, al que nosotros asistimos, constituyó también un señalado éxito artístico y de público y, recuerdo, después de finalizado el mismo, que nos quedamos un buen rato, algunos de los artistas intervinientes y yo, escuchando cantar y viendo bailar a unos y a otros, en amigable camaradería, tocando la guitarra, además de los profesionales que habían actuado, la alumna y vecina de Javier, Julia Gutierrez Montiel, hermana del pintor de los mismos apellidos, que lo hacía muy bien, simplemente como aficionada.

PLACAS EN LAS CASAS DE JAVIER Y DE MANUEL TORRE

El 12 de noviembre de 1959, por iniciativa de la Cátedra de Flamencología el Ayuntamiento de Jerez colocó sendas placas conmemorativas, sobre la fachada de la casa natal de Javier, en la calle de la Merced, del barrio de Santiago, y ese mismo día, también se descubrió otra, en la fachada de la casa donde nació el genial Manuel Torre, en la calle Alamos, núm. 22 del barrio opuesto de San Miguel.

Como Javier Molina había dejado de tener familiares – o, al menos, estos no eran conocidos -, solo se celebró el acto de la placa de Manuel Torre, asistiendo su hermano Pepe Torre y su hijo Tomás, así como la mayor parte de los artistas que aquella noche intervinieron en el grandioso festival organizado por la Cátedra de Flamencología, en el Teatro Villamarta, para festejar tal acontecimiento y que constituyó un gran éxito: Antonio Mairena, Juan Talega, La Perla de Cádiz, María Vargas, etc.

La placa conmemorativa del guitarrista llevaba la siguiente inscripción:

«En esta casa nació el 4 de mayo de 1868, el célebre tocaor Javier Molina Cundí (el Brujo de la Guitarra). Durante ochenta años acompañó con su toque magistral el cante y el baile de las grandiosas figuras del género, siendo considerado como el más completo guitarrista de todos los tiempos.

Por iniciativa de la Sección de Flamencología del Centro Cultural Jerezano – posteriormente, Cátedra de Flamencología – el Excmo. Ayuntamiento honró su memoria, colocando esta placa, el 12 de noviembre de 1959".

Hay que añadir que Javier nació en la calle de la Merced, núm. 28 y la placa fue colocada en el num. 24, que es el número que le corresponde a la numeración moderna de la misma casa, según pudimos comprobar y certificaron vecinos de la misma.

LAS MEMORIAS DE JAVIER

En 1964 vieron la luz sus memorias, transcritas de un cuaderno de hule, donde las tenía escritas a mano - que guardaba Javier en la gaveta de su

cómoda, y que a mí me enseñaría alguna que otra vez -, con prólogo, notas y comentarios, del que fuera destacado flamencólogo Augusto Butler Genis (Máximo Andaluz), escritor y poeta, miembro de nuestra Cátedra de Flamencología y correspondiente de las Reales Academias Hispano Americana de Cádiz y de la Sevillana de Buenas Letras (Puerto Real, 190? – Murcia, 1982), autor de varios libros de flamenco y de toros, y que el veterano artista, rebasados los setenta años de edad, había comenzado a redactar, en Jerez, el día 18 de octubre de 1938, bajo el simple enunciado de «*Apuntes de la vida artística del guitarrista Javier Molina*».

Para Augusto Butler, «*nadie aventajó a Javier Molina en el más categórico y exhaustivo dominio de la guitarra flamenca. Pero si hemos de matizar en punto a uno de los más relevantes méritos concurrentes en el excepcional tocaor jerezano, será necesario decir que ninguno como él sería guardador fiel de la más estricta y ortodoxa pureza de los toques acompañantes de los más antiguos cantes. Y a seguido, que en los toques de alegrías y siguiriyas su arte alcanzaba alturas que antes sólo lograrían, acaso, los Patiño, Lucena, maestro Pérez, Arcas, Habichuela y muy pocos más*».

En su «*temple a modo de prólogo*», a dichas memorias, escrito en Madrid, en febrero-marzo de 1963, Augusto Butler nos hace el siguiente retrato espiritual del maestro con el que nosotros, que le conocimos y tratamos, estamos completamente de acuerdo:

«Javier era un hombre muy correcto, afable, cortés, ceremonioso y de gran finura espiritual. Y poseía ciertos ribetes culturales y eruditos de los que hacía gala con frecuencia.

Otro rasgo muy acusado y característico era en Javier su tradicional bonhomia. Jamás le escuché murmurar, ni menos despotricar contra nadie, ni despreciarlo. Y si de artistas compañeros se trataba, entonces los adjetivos de encomio excedían, las más de las veces, de la justa realidad. Y no era postura estudiada, no, sino condición, exponente de una bella y encomiable manera de ser».

A lo largo de su libro, Javier Molina narra sus primeras experiencias artísticas, recorriendo numerosos pueblos andaluces y extremeños, en unión de su hermano el bailaor Antonio y del que, andando el tiempo, sería el célebre cantaor don Antonio Chacón. Los tres eran muy jóvenes, a principios de la década de los ochenta del siglo XIX y se trasladaban de pueblo en pueblo, generalmente a los lugares donde se celebraban ferias, viajando como podían, unas veces andando, otras en burros y otras en carros; dando conciertos en posadas, casinos, tabernas y cafés cantantes; por míseros sueldos y pasando luego la bandeja; alojándose casi siempre en las posadas. Cuenta Javier que Chacón le confesaría más tarde, cuando ya era famoso, «*que nunca había sido más feliz en su vida que en esa época, que era cuando tenía ilusiones. Cuando se ponía las alpargatas y cantaba por los caminos, y no se daba cuenta de las leguas que andaba. ¡Y tan contentos con nuestra suerte!*»

«*Eramos dignos de ver. Chacón, con un lío y sus alpargatas. Mi hermano, con una maleta en las espaldas, a manera de mochila. Y yo con mi guitarra y las botas de los tres, y la merienda. Antes de entrar en los pueblos, debajo de*

las alcantarillas de las carreteras, merendábamos (...) En las alcantarillas nos poníamos los trajecitos de trabajo y las botas, para entrar en los pueblos decentitos»...

Durantes estas andanzas, Javier y Chacón conocerían a dos veteranos cantaores jerezanos, llamados El Puli y Salvaorillo, con los que estuvieron actuando y aprendiendo Chacón de ellos viejos cantes que añadir a su repertorio, ya que Chacón aún no había descubierto la rica mina de las malagueñas que inventara y que tanto éxito le darían posteriormente. Pasado el tiempo, y una vez ambos artistas jerezanos adquirieron cierto renombre, actuarían en el Café de Silverio, en el del Burrero, en el Filarmónico... Añadiendo el maestro: «*Porque he de anotar que yo he trabajado en los mejores teatros de España, y también en los más malos*»; recordando que una vez, actuaron él y su hermano en un café de una aldeíta llamada Facinas y «*en un rincón pusieron dos mesas grandes, juntas, y allí bailaba mi hermano*».

En un detalle de extrema sinceridad, en sus memorias nos dice Molina, refiriéndose a Chacón, ya en la cumbre de su carrera: «*El dinero que ha ganado, según él, ha sido un millón de pesetas. Y el que yo calculo que he ganado ha sido un millón de perras chicas*»; pero, no obstante, «*cuando él estaba en todo su valer y gozaba de mayor fama, hemos caído muchas veces juntos, y aunque esté mal el decirlo, nunca he hecho yo papel desairado a su vera, que también me he hecho aplaudir bastante con mi guitarra*».

Para Javier, los cantaores de su época de artista eran mejores que los de su vejez y el cante era más flamenco «*porque ahora está más mezclado con canciones y cuplés*». *(...) En lo que veo más adelanto es en la guitarra, porque se toca con más armonía y más ejecución. Y si es el baile, este está peor que el cante. (...) Hablo en general*». Opiniones éstas del maestro, expresadas allá por los años cuarenta del pasado siglo XX y recogidas en su libro de memorias.

Según consta en el «Diccionario Enciclopédico Ilustrado del Flamenco», de José Blas Vega y Manuel Ríos Ruiz, aparte los lugares ya mencionados, donde estuvo tocando Javier, también lo haría en los cafés cantantes»Kursaal» y «Novedades», de Sevilla, alternando en los escenarios con tocaores de la talla artística de Ramón Montoya, Paco de Lucena, Luis Yance y Niño Ricardo, entre otros. También lo hizo junto a Manolo el de Huelva, al que Javier admiraba, como uno de los mejores de la generación posterior a la suya. Y en Jerez actuaría en el célebre «Café Cantante de la Vera-Cruz» – situado donde hoy está el teatro Villamarta -, propiedad del cantaor Juan Junquera, y en el «Café del Conde», de la plaza del Arenal; además de en el desaparecido Teatro Eslava.

Modestia aparte, el maestro jerezano de la *sonanta*, comenta en sus memorias autógrafas que «*cuando le pedían a Chacón su opinión de quien le parecía mejor tocando, a ninguno ponía delante de mí. Y a Manuel Torre le pasaba lo mismo. Y yo, por mi parte, tampoco pongo delante de ellos a ningún cantaor*». Así de elegante y buena gente era Javier, a la hora de corresponder a sus compañeros y grandes amigos.

HOMENAJE DE LA CÁTEDRA,
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Con motivo del primer centenario de su nacimiento, la Cátedra de Flamencología de Jerez le dedicó, en 1968, su VI Curso Internacional de Arte Flamenco, celebrándose una velada poético-musical en su honor, en la que intervino el gran guitarrista granadino, y miembro de la citada Cátedra, Manuel Cano, así como un grupo de destacados poetas andaluces.

El centenario se cumpliría el 4 de mayo de 1968 y, aparte el homenaje ya reseñado de la Cátedra, pasaría sin pena ni gloria. En su ciudad natal ya se habían olvidado de él. Al menos, a nivel oficial que, salvo la colocación de la placa conmemorativa, en su casa natal, nada más se le hizo.

Nosotros recordamos, a estos efectos, el sustancioso y amplio reportaje publicado en dos páginas de «ABC» de Sevilla, por aquellas fechas, por el que más tarde sería conocido critico de flamenco, en la prensa madrileña, Angel. Alvarez Caballero, quien sacó toda la documentación del trabajo, ilustrado con dos buenas fotos del artista, del libro de sus memorias, ordenadas, comentadas y anotadas por nuestro compañero de Cátedra, Augusto Butler, que viera la luz cuatro años antes, en edición del Ayuntamiento jerezano.

Y ya que citamos de nuevo las memorias de Javier, queremos traer aquí un párrafo, del final del capítulo XVII, que confirma la bonhomía y la humildad del gran artista, que tantas veces ofreciera su arte desinteresadamente, en cuantas funciones benéficas se le pidió, tanto en el desaparecido Teatro Eslava jerezano, como en el Villamarta y otros locales de su ciudad natal.

Decía así el artista: *«Y para terminar mis apuntes, declaro que yo no soy alabancioso, pero sé apreciarme en mi habilidad. Tengo más fama que talento, que después de todo, es una suerte. ¿Qué más puedo apetecer, que el que le nombren a uno por todas partes donde se hable de tocadores de guitarra?*

Pues este hombre, este artista, aparte de los pocos discos que impresionó, como acompañante, dejaría grabado su toque magistral y único en los archivos sonoros del Instituto de Musicología de Barcelona. La grabación la efectuaría, al parecer, el musicólogo don Arcadio de Larrea, desplazado a Jerez expresamente para ello, con otros señores, y según contaba la hija del maestro, no le dieron ni una peseta, estando Javier ya tan necesitado.»*Vinieron a llevarse el toque, su toque, y él no les pidió nada. Y no le dieron nada*».

Javier Molina fue entrevistado para el semanario provincial gaditano, «La Voz del Sur», por el escritor jerezano José María Cepero, el 18 de junio de 1950 y, aparte de relatar más o menos todas las cosas que ya sabemos por sus memorias, contó que él tenía entonces, cuando se fue por los pueblos, 17 años y Antonio Chacón 16, y que nunca debieron poner la placa conmemorativa, dedicada a éste, en la casa número 11 de la jerezana calle Cazón, ya que el cantaor nació en la calle del Sol, número 60.Exactamente como yo pude demostrar, años más tarde, tras un intenso trabajo de investigación en los archivos municipales de Jerez, publicado en el número uno de esta misma REVISTA DE FLAMENCOLOGIA, bajo el título de «Algunos datos inéditos sobre don Antonio Chacón».





Fiesta en casa de Javier Molina, tras el homenaje a éste en el año 1954.



Javier Molina enseñando a tocar la guitarra a un ciego.

«Se equivocaron – dijo Javier – *Que me hubieran preguntado a mí. Allí vivió Chacón con un tío suyo, pero no nació allí».* Ya Butler anotaba a este respecto, en las memorias, que *«este extremo es absolutamente cierto y se lo escuchó quien esto escribe al propio Chacón.(...) que la frecuentaba, desde muy niño, a diario y a todas horas, incluso por breves temporadas, por habitar allí un su tío carnal materno, nombrado tío Juan García y apodado El Gloria (quien nada era, por cierto, del famoso Niño Gloria, hermano de La Pompi), el cual familiar, hombre simpático y sin oficio ni beneficio – al decir de Javier Molina, mi informante de tales datos – tenía especial cariño y predilección por su sobrino Antoñito»*

La ilustración de este reportaje, se debió a la pluma maestra de un gran dibujante y escritor humorista, que gozaría más tarde de gran fama a nivel nacional, que firmaba Chumy, gran amigo de Cepero, con quien hizo la mili en Jerez, y que ilustró con sus apuntes de retratos del natural, toda una serie de entrevistas realizadas por éste. a destacados flamencos jerezanos de mediados del pasado siglo. Entre ellos Luisa la Pompi.

Cepero preguntó a Javier quienes eran los mejores artistas flamencos de entonces – no olvidemos que estamos hablando del año 1950 – y el maestro contestó:

«De tocaores, el Niño de Huelva. De las cantaoras, la Niña de los Peines».

LA MUERTE DE JAVIER

Debido a la enfermedad crónica de la vejiga que, desde hacía tiempo, padecía el maestro, éste murió el 26 de julio de 1956. Se acaban de cumplir ahora cincuenta años. Pero veamos los datos familiares y otros, referentes a su enfermedad, y causa de la muerte, según el certificado de defunción del Registro Civil.

El acta núm. 393 de la Sección 3ª, tomo 97, folio 197, literalmente dice así:

«JAVIER MOLINA CUNDÍ.- Registro Civil de Jerez de la Frontera, núm. 2.- Se inscribe la DEFUNCIÓN de D. Javier Molina Cundí, natural de Jerez de la Frontera, de ochenta y ocho años, domiciliado en la calle de Prieta núm. 9, profesión profesor de guitarra, hijo de Francisco Molina y de Antonia Cundí, de estado viudo de María Diosdado Rodríguez, natural de Jerez de la Frontera, de cuyo matrimonio deja una hija, llamada Concepción. Falleció en su domicilio, el día veintiséis de Junio de mil novecientos cincuenta y seis, a las diez y ocho horas, a consecuencia de epitalioma de la vejiga – caquexia, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Santo Domingo.- Se practica el asiento en virtud de declaración de don Antonio de la Rosa Castañeda, mayor de edad, soltero, empleado, con domicilio en la calle Alvar Núñez, núm. 26, y certificado del Médico de este Distrito don Guillermo Solís y Solís, que quedan archivados en el legajo correspondiente.- TESTIGOS del mismo: Don Antonio Soto Algeciras, domiciliado en la calle de San Pablo número 9, de estado soltero, y don Manuel Franco Núñez, domiciliado en la calle de San Juan Bta.



Serie A A Nº 007165

CERTIFICACION LITERAL DEL ACTA DE DEFUNCION

Sección 3ª
Tomo 97
Pág. --
Folio (1) 197

REGISTRO CIVIL DE Jerez de la Frontera, nº 2
Provincia de Cádiz.
El acta al margen reseñada literalmente dice así:

Núm. 393.- JAVIER MOLINA CUNDÍ.- REGISTRO CIVIL de Jerez de la Frontera, nº 2.- "Se inscribe la DEFUNCIÓN de D. Javier Molina Cundí natural de Jerez de la Frontera, de ochenta y ocho años, domiciliado en la calle de Prieto núm. 9, profesión profesor de guitarra, hijo de Francisco Molina y de Antonia Cundí, de estado viudo de María [illegible] Rodríguez, natural de Jerez la Frontera, de cuyo matrimonio deja una hija, llamada Concepción. Falleció en su domicilio el día veintiuno de Junio de mil novecientos cincuenta y seis, á las diez y ocho horas, á consecuencia de [illegible] de la vejiga - caquexia, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de Santo Domingo.- Se practica el asiento en virtud de declaración de Don Antonio de la Rosa Castañeda, mayor de edad, soltero, empleado, con domicilio en la calle de Alvar Núñez nº 26, y certificado del Médico de este Distrito Don Guillermo Solís y Solís, que quedan archivados en el legajo correspondiente.- TESTIGOS del mismo: Don Antonio Soto Algeciras, domiciliado en la calle de San Pablo número 9, de estado soltero y Don Manuel Franco Núñez, domiciliado en la calle de San Juan Bta. de la Salle número 1, de estado casado, ambos mayores de edad.- AUTORIZAN la inscripción: el Juez D. Felipe Gómez Guillén y Secretario Don Manuel Carrillo Rojas y se efectúa siendo las trece y treinta horas del día veintisiete de Junio de mil novecientos cincuenta y seis.- Y leído el asiento se sella con el del Juzgado y lo firma el Sr. Juez con los testigos, el declarante, y el Secretario, que CERTIFICO.- F. Gómez.- Manuel Franco.- Antonio Soto.- Ant. de la Rosa.- Manuel Carrillo.- Hay un sello.

CERTIFICA: Según consta del folio registral reseñado al margen, el Encargado D. FELIPE GÓMEZ GUILLÉN

Jerez de la Frontera, a 1 de Septiembre de 1959

(Firma del Secretario) (Firma del Encargado)

Importe de la certificación:	
Ley del timbre (art. 71) (en pólizas) ...	2,00 ptas.
Tasas (Decretos de 18-6-59, art. 4, y artículo 37, tarifa 1.ª) ...	32,00 "
Busca (art. 40, tarifa 1.ª) ...	— "
Urgencia (art. 41, tarifa 1.ª) ...	— "
Impreso ...	5,00 "
TOTAL ...	39,00

(Sello del Juzgado) Registro Civil de San Miguel Jerez de la Frontera

(1) Se consignará el folio y no la página si se certifica de Libros ajustados al modelo anterior a la Ley vigente del Registro civil; en otro caso se consignará sólo la página.
Se inutilizará con una raya en tinta el espacio sobrante.

Certificado de defunción de Javier Molina Cundí, ocurrida en 1956.

de la Salle número 1, de estado casado, ambos mayores de edad.- AUTORIZA la inscripción: el Juez D. Felipe Gómez Guillén y Secretario Don Manuel Carrillo Rojas y se efectúa siendo las trece y treinta horas del día veintisiete de junio de mil novecientos cincuenta y seis.- Y leido el asiento se sella con el del Juzgado y lo firma el Sr. Juez con los testigos, el declarante, y el Secretario, que CERTIFICO». Este documento lleva fecha de 1 de septiembre de 1959 y figura en el sobre-expediente de la ficha del guitarrista, obrante en el Archivo Documental de esta Cátedra de Flamencología.

En el mismo archivo se encuentra una certificación de la partida de bautismo del citado artista, expedida con fecha de 30 de agosto del mismo año 1959, por el P. Francisco Carlos Corona Humanes, párroco-encargado del Archivo Parroquial de la iglesia de Santiago de Jerez de la Frontera, quien certifica que, según resulta del acta reseñada en el libro 44 de bautismos, al folio 227 vuelto, FRANCISCO JAVIER MOLINA CUNDÍ, fue bautizado en dicha iglesia, el día 10 de mayo de 1868 y nació el día 4 del mismo mes y año, en la calle de la Merced, nº 28, siendo hijo legítimo de don Francisco Molina López, natural de Jerez, y de doña Antonia Cundí Sánchez, también natural de Jerez. Los abuelos paternos se llamaban Francisco e Isabel y los maternos - jerezanos, como los anteriores -, José y Ana. Sus padrinos serían don Francisco Olivares y doña Ana Molina. Oficiando el sacramento del bautismo, el doctor don José de Fuentes, cura propio de dicha iglesia de Santiago.

Según pude conocer y ver personalmente, el testamento de Javier fue el más breve del que yo haya tenido jamás noticia, en toda mi vida. Lo había escrito en un cuaderno del colegio de los Marianistas y no pasaba de diez palabras, que eran estas: *«Le dejo a mi hija Concepción, todo lo que tengo»*. Y lo firmaba con su nombre y dos apellidos: *Javier Molina Cundí.*

Este fue el testamento de Javier. Pero la verdad es que bien poco pudo dejar a su hija Concepción. Algunos enseres y viejos muebles, un montón de partituras y fotografías y tres o cuatro guitarras, que sabe Dios a donde fueron a parar. Yo pude salvar una sola fotografía que tenían el maestro, colocada en un marco, sobre la cómoda, donde guardaba las demás fotos y sus partituras, y que su hija me regaló, cuando iba todos los meses a socorrerla con la ayuda económica que le prestó la Cátedra, hasta que el dinero se acabó. Una foto de grupo, que después doné a la Cátedra de Flamencología y en la que figuraban, junto a Javier, los artistas jerezanos del cuadro flamenco que dirigía, junto al guitarrista Sebastián Núñez.

LA MUERTE DEL MAESTRO, EN LA PRENSA JEREZANA

Cuando murió el maestro, el diario «Ayer» de Jerez se limitó a dar la noticia, con este pequeño suelto, en su edición del viernes, día 29 de junio de 1956:

«Victima de cruel y traidora enfermedad ha dejado de existir Javier Molina, el veterano y popular artista local, verdadero maestro de la guitarra, cuyo cadáver recibió cristiana sepultura anteayer.